

ALBERTO FREIXAS

Palabras pronunciadas  
con motivo de la celebración del aniversario  
de

**SARMIENTO,**  
en el Instituto Nacional  
del Profesorado Secundario  
el

11 de septiembre de 1956

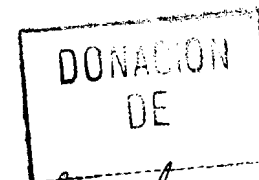
\*

PLANTIB

TALLERES GRAFICOS SOCIEDAD ANONIMA  
RIVADAVIA 1268  
BUENOS AIRES  
1956

INV	024557
SIG	Folk 042
LIB	1

ALBERTO FREIXAS



Palabras pronunciadas  
con motivo de la celebración del aniversario  
de

**SARMIENTO,**

en el Instituto Nacional  
del Profesorado Secundario  
el

11 de septiembre de 1956

\*

PLANTIÉ

TALLERES GRAFICOS SOCIEDAD ANONIMA  
RIVADAVIA 1265  
BUENOS AIRES  
1956

Sarmiento es el ejemplo vivo de lo que se hace por voluntad y esfuerzo, resortes insustituibles en todo acto de superación; nadie ni ningún método puede dar lo que no está en la textura de cada ser, ya que el hecho de la profesión no confiere calidad. Las excesivas facilidades traen por resultado el uniformar la mediocridad, que es la vida sin brío ni estallidos, el llegar a desprendernos del ensueño y la esperanza. Hombres bullangueros y agitados, sin el sustento de una tarea, nunca conocerán la alegría sana del descanso después de la labor que fatiga la envoltura y libera el espíritu para la comunión en lo grande y lo bello, ni el anhelo de una perfección inasequible, lejos del continuo murmullo y del hurgar en el dolor de la humana miseria.

En este día de fasto, ¿de qué sirve una invocación si no es para comunicar con ella, para que no sea un simple acto de rito, sino el religioso cumplimiento de un propio examen conducente a sacar de su enseñanza la tónica de una línea de conducta o la advertencia para cesar en el desvío? Conmemoramos una gran figura habida en nuestra patria, plena de la pureza de la actitud ciudadana y del errar de una vida intensa; pero, como escudo brillador, es su reflejo el que debe ser

para guía y conducción, ya que grande es para nosotros por las permanentes consecuencias que dejó; y si queremos retomar nuestro equilibrio, debemos de nuevo volver a ellas porque son el estado primigenio en que debemos asentarnos para eludir la maraña invasora.

Construir, desde el fundamento, la niñez; escuela, antes que titularias pomposas o resonantes síntesis huecas; práctica, dolor y ejercicio, para merecer, antes que asalto o simulación. Estamos como ayer, por empezar, pues si entonces el camino a discurrir era virgen, lleno de la barbarie de la ignorancia, hoy sólo podemos divagar descarriados por los golpes de mucha ciencia huera, de mucha insustancial oratoria, en que con la avidez de lo inmediato, olvidamos el precepto que sólo admite como digno de un hombre lo que se consigue con el esfuerzo intensado.

No es culpa suya si algunos de sus anhelos no satisfacen las ocasionales aspiraciones; quien dió el impulso y soñó en la altura no es responsable de los desvíos que su alma esforzada no pudo evitar desde el silencio de la inalterable paz. Severa lección es la de Sarmiento, el luchador incurso en muchos errores, admirable por su humana fragilidad sincera, que contrasta con los permanentes disconformes que sólo ven en su crítica las largas sombras de la noche y no la luz de su intención. Ser, obrar, dar al presente toda la conciencia del pasado y soñar en un lejano porvenir en que los hombres sepan apreciar a los que todo lo hicieron por sacarlos de su empaque ferino para enseñarles la pureza de un rayo estelar,

que es eternidad; y no remover troncos rojizos para avivarlos con el rencor, la negación y la mengua espiritual.

¿Qué diría Sarmiento hoy? Estáis dispuestos a llegar a la verdad u os conformáis con declamaciones basadas en principios cuyos fundamentos no son la piedra desbastada por el esfuerzo del buril que hiere y acaricia? ¿Habéis de hacer, como yo hice, sin tiempo ni medida ni descanso, mi ser, en el que no incidieron previas teorías, sino un gran querer, un gran amor, el de la elevación, sin más término que el de la resistencia humana, y en cuyo decurso no debe pensarse en el fruto opíparo sino en la raíz honda, que es la magnífica coronación del esfuerzo y tiene la grandeza de las estelas colocadas sobre los despojos de los grandes? ¿Pensáis que el mínimo esfuerzo, la regulada promoción, la vacua uniformidad, es el camino de las cumbres? No, pues desde ellas se pierde la vista y el contacto con lo pequeño, sonoro, abigarrado y sólo se tiene la comprensión de lo infinito. ¿Pensáis que podéis ser rectores y admonitores si no sabéis de las sendas polvorosas y desiertas, de la sed y el calor de las grandes travesías de nuestra patria, de las noches heladas en los llanos pedregosos donde no hay huellas y sólo nos guía la constelación moviente del sur? ¿Habéis recorrido el camino del sacrificio, templado vuestra alma, nutrido vuestro espíritu, aprendido con acuciada curiosidad todo lo que podéis entender del vasto mundo lleno de permanentes sugerencias y de aleccionadores recuerdos? ¿Estáis en posesión del saber que os permite dictar normas infle-

xibles e intangibles, o con sincera intención habéis escrutado la conciencia y estáis apasionadamente dispuestos a ser, primero, después a amonestar?

La vida de Sarmiento fue de prédica y de lucha, una permanente acción desde el doloroso sentir de los hachazos que herían la vieja higuera del patio paterno hasta la pausa del gastado corazón en la tierra caliente aromosa de azahares. Por eso su figura no sufre mengua por las imperfecciones, que cuando ocurren en una de contornos inmortales, sirven para resaltar los rasgos que pocas veces se dan entre los hombres y sobreviven en el tiempo y que traídos en el recuerdo forman el relato de los ejemplos para las generaciones venideras.

Un día, hace muchos años, un tren se detuvo en la estación Río Segundo, en Córdoba; y a uno de los vagones subió un joven que había venido a caballo desde Villa del Rosario para ir a la capital de la provincia. Enseguida se puso en marcha, con balanceo inquietante a causa de las vías tendidas sobre la tierra floja y en medio de nubarrones de polvo. El joven se había sentado cohibido junto a la puerta, pues el interior le pareció de más cuidada apariencia que la común. Un camarero se le acercó para decirle que no podía permanecer allí y debía ir a otro carruaje. El joven, que apenas tenía contacto con la moderna invención que recorría chispeante los caminos incultos de la tierra nuestra, pensó en el peligro del traslado, el balcón abierto, las ráfagas de polvo y humo. Y mien-

tras pensaba, resurgió la invitación, con tono de orden. En seguida, desde mitad del recinto, alguien dijo: "deja al joven que siga". Y él vio a un hombre de aspecto severo y dos damas de negro, que antes no había advertido. Sin saber si agradecer, recogido, tímido, se sintió ante una gran presencia. Era Sarmiento, presidente de la República entonces, que iba a Córdoba para poner en función uno de sus grandes proyectos. Pasaron los años y la hija de aquel joven se graduó de maestra en la escuela normal de la capital de aquella provincia, donde había recibido la enseñanza de las profesoras norteamericanas que el gran realizador trajo. Después, mucho tiempo después, en esta ciudad de Buenos Aires y en una gran escuela que en la época suscitó comentarios diversos por su monumental aspecto, era alumno un nieto suyo. Como era costumbre entonces, hacia final del curso, se invitaba a los allegados a presenciar clases públicas, en que se daba muestra de la enseñanza impartida y del aprovechamiento de los niños. Y la maestra, inolvidable, les había infundido su admiración hacia uno de los grandes espíritus civiles que contribuyeron a sacarnos de la inopia. Entonces, aquel abuelo, para gran confusión del nieto, interrogó: "Perdone, señorita, no cree usted que Sarmiento era más grande?" Y él había nacido en una aldehuela de los dilatados campos de Castilla, tenía en la memoria todo lo que el gran educador ya desaparecido había denotado de la España de su tiempo y le eran comunes y corrientes las polémicas mordientes que lo habían acompañado en su vida agitada.

Un día, aquel niño, ya hombre, atraído por la sugestión invencible del abuelo que ya no era, fue a la aldea color de piedra como el yermo circundante; y en la pequeña aula donde se impartía la enseñanza a unos pocos párvulos, porque los hombres se iban en busca de ventura a lejanas tierras, encontró fijado en el muro un retrato de Sarmiento. ¿Por qué?

En el camino de la ciudad de Catamarca hacia el Aconquija, se va ascendiendo entre sorprendentes valles y ríos de aguas frías que provienen de las nieves; de pronto, uno se estrecha y es empinado, las laderas parecen caernos encima. Hay en ambas, como si en su crecer hubiera presidido una increíble simetría, grandes cactus, que parecen gigantes tenebrarios colocados para flanquear el pujante cortejo que llevara a las cumbres, para dejar en los hielos, los restos sin mancha de un héroe. Y si faltan las trompas opacas de duelo, las modulaciones del viento hacen vibrar todo el ámbito con los tonos bajos de una marcha fúnebre. En el paisaje que la imaginación ensombrece, aunque es radiante de luz y digno de atlantes, se divisa distante algo moviente, como un trozo de cielo, un azul que se agitara. Es una bandera nacional, en lo alto de la escarpa, sobre un edificio que no se alcanza a ver entre la vegetación cerrada. “¡Una escuela de Sarmiento!”, fue la voz conjunta de los que iban en ese viaje por tierras duras y aprehensoras. No era de él, sino de las que siguieron su impulso. ¿Pero cuál el por qué de la exclamación unánime?

Cuando se anda por los campos dilatados de la patria nuestra, ya sea en las llanuras con

propensión de infinito, o en las serranías que tienden a formar en el horizonte opacidades que nos engañan como si fueran nubes de tormenta deseada o en las pinas montañas que parecen perforar el azul con sus picachos, se vuelca sobre el corazón la impresión de inmensidad, como Sarmiento lo dijo, un mal que nos aqueja, la extensión hacia el horizonte; y un bien al que aspiramos, la elevación hacia el azul. El viajero, que en otras horas ha recorrido las tierras que más conservan el sabor de los lejanos días, las resacas de las travesías, las verdeantes de los pequeños caseríos a la vera del curso de agua que se llena en las tormentas, nunca pudo apartar de su diálogo interior las palabras de quien tanto las había conocido y fue un día a buscar el remedio al otro extremo de esta América que era nuestra en el sentir de los hombres de entonces y no sabemos por cuál maléfico sortilegio ha dejado de serlo, según se advierte en las expresiones más corrientes, olvidadas de las palabras proféticas de la canción patria. Si hay un hombre que parece surgir del suelo nuestro, como una voz con resonancia de siglos, como una presencia permanente en los actos más simples y en los lugares más humildes, es Sarmiento; y se le ve donde hay niños y en el pueblecillo cuando ondea la bandera sobre una rústica casa que es escuela o biblioteca o museo.

Doloroso quehacer es el de escarbar las raíces de la ignorancia para pedir un ahincado amor a las del saber; motivo de rencor si perturba la plácida calma de los estanques y quiere darles el movimiento acelerado de los vientos. El lo sufrió en vida y por veces surgen

después de su ausencia, como si fuera posible resquebrar al que supo del acto y del verbo, de la pujanza y el brío, del intenso amor al porvenir que puso en el único depositario fiel, aquella niñez de todas las esperanzas y de todos los anhelos.

TERMINÓSE DE IMPRIMIR  
A LOS 15 DÍAS DEL  
MES DE OCTUBRE DE MIL  
NOVECIENTOS CINCUENTA Y SEIS  
EN EL ESTABLECIMIENTO  
PLANTIÉ, TALLS. GRÁFS., S. A.,  
RIVADAVIA 1265,  
BUENOS AIRES.